

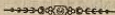
es decir, los doctores, sacerdotes y aun los fariseos, si conocieron que era Cristo el Mesías prometido en la ley, porque veían en él todas las señales que los profetas predijeron de él mismo; pero ni unos ni otros, dice el Angélico Doctor, conocieron que era Dios é Hijo natural de Dios, según lo que dijo el mismo Jesucristo: *No conocieron á mi Padre ni á mí*. Mas había la diferencia entre ambos, de que la ignorancia de los príncipes no los excusaba enteramente del decido, porque era ignorancia crasa y en cierto modo afectada, pues veían señales evidentes de la divinidad de Cristo; pero las pervertían por el odio y la envidia que contra él habían concebido, y no querían dar crédito á sus palabras con que afirmaba ser Hijo de Dios: con lo que pusieron el sello á su reprobacion, según lo que dice Jesucristo, que el que *no quiere creer ya está juzgado*.

Mucho hay que decir acerca de esta materia; pero los estrechos límites de nuestras lecciones nos obligan á terminarla con la reflexión de que lo que por nuestro amor hizo Cristo, para nuestro bien lo hizo: queremos decir, que la pasión y muerte á que por nosotros se entregó, es la causa universal suficiente para la redencion de los pecados de todo el género humano; la cual sin embargo, para que tenga efecto en nosotros, debe sernos aplicada por nuestra verdadera conversion á Dios, que consiste en apartarse de lo malo y abrazar lo bueno, doliéndonos de nuestras culpas, y haciendo por ellas la debida penitencia. Si la hacemos, por la pasión de Cristo somos libres del pecado, de la potestad del diablo y de la pena eterna debida á nuestras culpas: somos reconciliados con Dios, porque se quita la causa de la enemistad, que era el pecado; y borrado éste, se nos abren las puertas de los cielos. Todo esto puede causar la pasión y muerte de Cristo; pero para que lo cause en efecto, debe ser aplicada como hemos dicho, por la debida recepcion de los sacramentos y por las buenas obras; así como una medicina, por eficaz que sea, no obrará su efecto, si no se aplica en la debida forma.

He aquí en la pasión de Cristo la salud del género humano. Él la obró por modo de mérito; porque Cristo tuvo gracia, no solo como singular hombre, sino como cabeza de los otros; y por tanto, nos mereció la salvacion como á miembros de su místico cuerpo. Ella obró nuestra salud por modo de satisfaccion, porque Cristo padeciendo, dió como cabeza nuestra á Dios, aun mas de lo que exigía la recompensa de toda la ofensa del género humano: lo primero, por la grandeza del amor con que padecia: lo segundo, por la dignidad

de su vida que daba, que era vida de Dios y hombre; lo tercero, por la generalidad de la pasión y magnitud del dolor: todo lo que, procediendo de una persona divina, daba un valor infinito á su pasión, tanto en lo satisfactorio como en lo meritorio.

Obró tambien la pasión de Cristo nuestra salud por medio de sacrificio, porque fué oblation de cosa sensible, con verdadera immutacion, como fué la separacion del alma y del cuerpo, y efusion de la sangre hecha en honor de Dios, en reconocimiento de su supremo dominio y para aplacarlo. La obró finalmente, por modo de redencion, porque fué suficiente y superabundante satisfaccion por el pecado y reato de pena. Dió en efecto Jesucristo el precio de nuestra redencion; pero este precio es nada ménos que su misma alma: así lo dijo el Redentor divino á sus discípulos: *El Hijo del Hombre vino á dar su alma para la redencion*. Reflexionemos bien esto para que sepamos apreciar nuestras almas, y agradecer á nuestro Redentor el infinito beneficio de su amarguísima pasión.



DIA VEINTE Y TRES.

San Florencio, confesor, y San Pedro Damiano.

SAN FLORENCIO.

Nació San Florencio en la ciudad de Sevilla en España, por el año de 432. Sus padres, nobles por su linage é ilustres por su piedad, se esmeraron en educarlo conforme á las máximas del Evangelio. Así es que desde los primeros años de su juventud resplandeció en virtudes; y progresando en la santidad, se halló con la fortaleza suficiente para confesar el nombre de Jesucristo. Ignoramos cuáles hayan sido las circunstancias de este glorioso combate, y casi todos los pormenores de su preciosa vida; pues de la inscripcion que se encuentra en la caja de sus reliquias, solo consta que murió con la muerte de los justos, á los cincuenta y tres años de su edad, en 23 de Febrero del año 485, y que lo tuvieron sin enterrar hasta el 13 de Marzo, sin que el santo cadáver padeciese corrupcion alguna, expuesto todo este tiempo á la veneracion de los fieles.

La Iglesia santa de Sevilla, que hace hoy una especial memoria de nuestro Santo, escogió este dia para celebrar su fiesta, por haber sido el de su dichosa muerte, y es creible que en la misma haya co-

menzado el culto inmemorial con que ya se hallaba á mediados del siglo XV, y dura hasta el presente. Algunos confunden á este Santo con otro del mismo nombre que fué martirizado en Tile, por creer que éste lugar pertenece al territorio de Sevilla; pero no es sino de la Galia en donde lo colocan los martirologios.

San Pedro Damiano.

La primera educación de la grande antorcha de la Iglesia, S. Pedro Damiano, que nació en Ravena el año de 988, no correspondió á los importantes servicios que le debió el catolicismo, pues apenas nacido, aunque descendiente de una familia honrada, é hijo legítimo, fué expuesto fuera de la casa paterna, reducido despues á la mendicidad, y cuando lo recogió un hermano suyo, tratado con dureza y descuido, al grado de ponerlo á guardar cerdos.

De este estado de abyeccion lo sacó su otro hermano llamado Damiano, de quien tomó el nombre nuestro Santo, y mirando su inclinacion á los estudios, le proporcionó los medios para dedicarse á ellos, y aunque ya habia salido de la juventud, aventajó tanto á sus compañeros, que bien pronto se puso en estado de poder enseñar á los demas; ocupacion que al mismo tiempo que le proporcionó bastante dinero, tambien por el cambio de fortuna principió á ser combatido de grandes tentaciones contra la castidad, que lo movieron para no verse vencido, á ocurrir á la continua oracion, á la limosna, austeridades corporales, y al retiro de todos los objetos que miraba como peligrosos.

Sin embargo, deseando romper completamente con el mundo, anhelaba por abrazar la vida monástica; pero lejos de su patria. Estando en estos pensamientos se encontró con dos solitarios de Pont-Avellana, y edificado de su virtud, resolvió acompañarlos al lugar de su retiro, que era una ermita en la Umbria al pié del monte Apenino, fundada veinte años ántes por el venerable Ludolfo, donde se practicaba con el mayor fervor toda clase de observancias austeras, unidas al ejercicio de las mas sólidas virtudes. Nuestro Santo abrazó gustoso una regla tan conforme á sus deseos, y presto asombró su zeloso empeño por la perfeccion, no pudiéndose decidir fácilmente, si sus crueles penitencias, su soledad y devocion, eran mas admirables que su profunda humildad, su ciega obediencia, su inalterable paciencia, su ardiente caridad al prójimo y su encendido amor de Dios.

Méritos tan relevantes obligaron á sus superiores á encargarle la instruccion de los religiosos, no solo de su monasterio, sino tambien de los de Pomposa y San Vicente, y concluida esta mision, é aceptar el de abad del mismo de Pont-Avellana, empleo que desempeñó con tanto tino y sabiduria, que salieron de su escuela multitud de Santos, entre los que se conocen á San Rodolfo, obispo de Gubbio, á Santo Domingo el Lorigado, y á San Juan de Lodi, obispo tambien de Gubbio, que escribió su vida.

La reputacion de nuestro Santo bien pronto se difundió por todo el mundo. Los papas Gregorio VI, Clemente II, Leon IX, Victor II, y un gran número de obispos, se sirvieron con buen suceso de sus luces, y muchas veces lo obligaron á salir de su desierto para valerse de sus consejos y de su pluma. Estévan IX, en fin, unido á muchos prelados, lo forzaron á consentir, aun usando de su autoridad pontificia el primero, á aceptar el capelo de cardenal, y lo ordenó obispo de Ostia.

Colocada esta brillante luz sobre mas elevado candelero, dió mayor esplendor; no limitándose su solicitud pastoral al bien de su rebaño, sino comunicándose á toda la Iglesia de Jesucristo, á la que prestó los mas importantes servicios en circunstancias muy difíciles y comprometidas. Opúsose al anti-papa obispo de Velletri, que tomó el nombre de Benedicto X, cuya eleccion habia sido simoniaca; y de orden del legitimo pontífice Nicolas II, que sucedió á este usurpador, se dedicó á combatir en diversas diócesis el vicio de la simonia y otros desórdenes, á restablecer la disciplina eclesiástica en general, y reformar las costumbres de los particulares, no sin graves peligros, como le sucedió en Milan, donde solamente su suariedad y prudencia pudieron libertarlo del furor del populacho, estimulado por algunos perversos.

Ni fué éste el único negocio en que se ocupó con fruto en servicio de la Iglesia, ántes bien puede decirse que en su tiempo ésta se gobernaba bajo su direccion, siendo el consultor de los papas, el ordeno de los obispos, la luz de los reyes y la guia de varios particulares de consideracion, á todos los cuales instruía y dirigía, tanto de palabras como con sus sabios escritos. Tan relevantes servicios hicieron al papa Nicolas denegar á nuestro Santo el permiso que con muchas veras le pedia para volver á su antigua soledad y retiro, lo mismo que á su sucesor Alejandro II, á quien fué no ménos útil su presencia, pues habiéndose suscitado por segunda vez cisma

por la usurpacion del obispo de Parma, que se nombraba Honorio II, la pluma de Pedro en las cartas que remitió al príncipe Enrique y á los principales prelados de Alemania, su elocuencia en los concilios reunidos con este motivo, y su zelo y valor en este negociado, hicieron triunfar al legitimo pontífice de los esfuerzos de los partidarios del anti-papa. Pasó despues en calidad de legado del mismo Alejandro á Francia y otras partes, desempeñando así estas como otras negociaciones, del modo mas glorioso á los intereses de la Santa Sede.

Concluida esta comision, alcanzó nuestro Santo el permiso de retirarse á su soledad de Font-Avellana, volviendo á sus antiguos ejercicios monásticos con el mismo fervor con que ántes se habia entregado á ellos; y en esa época fué cuando se entregó á combatir los abusos que atacaban á la religion y á la disciplina por medio de sus escritos, en los que se observa claridad, soltura y energía, tanto como admira su zelo por la reforma de los vicios, especialmente el de la simonia; su ardor por el fiel desempeño de los deberes de los eclesiásticos y monges, su empeño por la dignidad con que debía desempeñarse la oracion pública, y su aflicion por la decadencia de espíritu monástico. *Trasmitamos*, decia á los religiosos relajados, *trasmitamos á la posteridad los ejemplos de virtud que nos han dejado nuestros padres*. ¡Ah! ¡Que esta exhortacion no se aparte de la memoria de nuestros regulares: que la recuerden sin cesar; hoy que tan contrariadas y perseguidas se miran todas las comunidades, olvidado el mundo de los servicios importantes que les debe!

No permaneció Pedro dilatado tiempo en su amado retiro: en el año de 1063 volvió á salir de él de orden del Papa, para trasladarse á Francia en clase de su legado, á fijar los límites de algunos obispados, juzgar y castigar á varios simoniacos, en cuyo asunto se granjeó la aprobacion general por el tino y prudencia con que se manejó y el feliz éxito de tan delicada comision. Algun tiempo despues pasó á Alemania á otro negocio no ménos espinoso, que era impedir el divorcio que solicitaba su rey Enrique IV, para lo que el pontífice lo nombró presidente del concilio que debía reunirse para estorbar tal escándalo. Logrólo evitar nuestro Santo, asociado de los obispos que se habian juntado en Francfort y de otros muchos señores de la corte, convenciendo al rey de la injusticia de su proyecto,

apartando así de su persona este oprobio, y haciéndolo volver al camino del honor.

Regresó nuestro Santo otra vez á su soledad; pero bien pronto tuvo que salir para ir á Ravena, á remediar varios desórdenes, como lo consiguió reduciendo á los delinquentes á pedir penitencia. Las fatigas de este último viage acabaron con las fuerzas de un cuerpo agobiado por la vejez y debilitado por las largas austeridades: Pedro Damiano volviendo á Roma fué atacado de la fiebre en el monasterio de Nuestra Señora de Faenza, y murió allí el 22 de Febrero de 1072, de edad de ochenta y tres años; y habiendo los habitantes de esta ciudad obtenido permiso de tributarle culto público, trasladaron su fiesta al dia siguiente del en que se celebra la cátedra de San Pedro en Antioquia.

La Epistola es del capítulo XLIV y XLV del Libro de la Sabiduría (Eclesiástico).

El Señor echó su bendicion sobre la cabeza del justo; por eso le entregó la tierra hereditaria, y la repartió entre las doce tribus. Y halló gracia en los ojos de toda carne. Hizolo grande y terrible á sus enemigos, y con sus palabras amanzó los monstruos. Glorificólo en presencia de los reyes; dióle preceptos que intimase á su pueblo, y le mostró su gloria. Santificólo en su fé y en su mansedumbre, y lo eligió de entre toda carne. Y públicamente le dió sus preceptos, y ley de vida ó de ciencia, y le ensalzó. Hizo con él una eterna concierta, y lo ciñó con el cinto de la justicia, y lo adornó el Señor con corona de gloria.

El Evangelio es del capítulo XV de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Este es mi mandamiento, que os ameis unos á los otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que éste, dar uno su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hicieris las cosas que yo mando. Ya no os diré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Mas os he dicho amigos, porque os he dicho todas las cosas que he oido á mi Padre. No me elegisteis vosotros á mí; mas yo os he elegido á vosotros, y os he establecido para que veais y saqueis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre os lo dé.

Sobre la resignación á la voluntad de Dios.

Considera cuán dichosa es el alma que se entrega á la voluntad de Dios! ¿Qué segura puede estar de que Dios no la abandonará, aun cuando todas las criaturas la abandonen! Si Dios la defiende, ¿quién la puede dañar? San José esprimiéndose modesto de este perfecto y santo abandono: La perfeccion de esta virtud consiste primeramente en abandonarse enteramente á la disposicion de Dios, aun cuando parece mas contraria á nuestros intereses é inclinaciones: nuestra principal, ó por mejor decir, nuestra única inclinacion debe ser, seguir la de Dios. Un ángel manda á José de parte de Dios, huir con Jesus á Egipto; todas las razones parecé que persuadian á José quedarse en Judea; sus intereses, su inclinacion, sus parientes, sus amigos, su establecimiento, su reposo, su necesidad, y la facilidad de ganar su vida, que era como otras tantas cadenas que le detenian; pero las rompió todas sin dudar ni tardar un solo instante. El ángel le dijo la voluntad de Dios; con que no atiende ni á su conveniencia, ni á su inclinacion, ni le queda otra que la de ejecutar esta voluntad.

Considera que nada hacemos con entregarnos á la disposicion de Dios, aun cuando parece mas contraria á nuestros intereses, si no la seguimos cuando la hallamos contraria á nuestro discurso. La voluntad de Dios es la única razon para un hombre perfectamente resignado. Cualquiera otra que le alegue, disminuye á su parecer su mérito, disminuyendo lo perfecto de su resignacion. No se lo daría todo á la voluntad de Dios, si dejase algo para el discurso. Nuestra fé jamas es tan perfecta como cuando creemos las verdades; no solo que no conocemos, sino las que se oponen á las experiencias de nuestros sentidos y á nuestros principios aparentes. De la misma manera nuestra resignacion nunca es tan perfecta, como cuando nos abandonamos á la órden de Dios; aun cuando parecé contraria á nuestros discursos. Estas son momentáneas vislumbres de nuestra debilísima razon, que se encuentra asimismo cercada de tinieblas é ignorancia; y la razon divina es emanacion de un piélagó inmenso de sabiduría divina, incapaz de ser ofuscada por sombra alguna de error ó de ignorancia. Es verdad que nues-

tra razon no la alcanza; pero esto proviene de la misma luz divina, cuya fuerza no pueden soportar los debilísimos ojos de nuestra alma; así como los de nuestro cuerpo no pueden sufrir la del disco del sol. ¿Hay por ventura nieblas en el sol? Ciertamente que no. ¿Pues cómo se nos oscurece cuando lo contemplamos de hito en hito? ¡Ah, que las nieblas están en nuestros ojos lastimados por la actividad y vehemencia de la luz solar! No de otro modo se esconde entre las sombras del misterio la razon divina, cuando nuestro miserable discurso se atreve á contemplarla con la soberbia de quererla comprender y sujetar á su cálculo.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Apartad de mí, Señor, tan abominable soberbia: vos habeis dicho que el escudriñador de la Magestad será oprimido de la gloria misma de vuestra soberantia; y yo tambien sé, que mientras mas me eleve á contemplaros, mas os sublimaréis sobre mí. Porque yo soy una criatura limitada é infinitamente pequeña en vuestra presencia; y vos sois un Dios inmenso é incomprensible, que aunque estais á mí presentísimo, tambien distais de mí infinitamente para poderos alcanzar. Dad, pues, á vuestro siervo un corazon humilde, que abraze vuestras verdades reveladas, y las crea firmemente, aunque no las alcance ni comprenda.

JACULATORIA.

Tú, ¡oh Señor! eres un Dios Altísimo sobre toda la tierra.

LECCION.

Sobre la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.

La importancia del dogma cristiano de la resurreccion del Salvador, contenido en la segunda parte del artículo quinto del Credo, se conoce bastante por aquellas palabras que dirige el Apóstol San Pablo á su discípulo Timoteo: *Acuérdate que el Señor Jesucristo, del linage de David, resucitó de los muertos, segun mi Evangelio... Fiel palabra; pues si somos muertos con él, tambien con él viviremos: si sufríremos, tambien con él reinaremos: si le negáremos, él tambien nos negará: si no creemos, él permanece fiel: no puede negarse á sí mismo. Amonesta estas cosas, dando testimonio delante del Señor. Huye de contiendas de palabras,*

que para nada aprovechan sino para trastornar á los que las oyen. En estas expresiones nos indica el Apóstol la necesidad que tenemos de creer y confesar á Jesucristo resucitado, imitándolo en sus sufrimientos si queremos resucitar con él. Para creer, pues, este misterio, y para dar testimonio de él delante del Señor y de los hombres, verémos en qué consiste, y cuál es la imitación que exige de nosotros el Apóstol, examinando despues lo que nos dice la revelacion sobre este punto fundamental y sobre esta base indestructible de la religion cristiana, á fin de conocer la inmediata conexion que tiene la resurreccion de Jesus con su divinidad, y cómo este milagro magnífico confirma la verdad del cristianismo, que ya manifestamos en un principio, de un modo el mas sólido, firme é incontestable.

Habiendo Jesucristo vida nuestra, satisfecho plena y superabundantemente con su muerte á la justicia divina ofendida por el linaje humano, era muy justo que volviese á su estado natural. La situacion de abatimiento, de humillacion y de trabajos, era á la verdad un estado muy extraño y violento, y que en manera alguna convenia á Jesucristo. Se habia sujetado á él voluntariamente para redimir á los hombres; pero ejecutada ya la redencion, era necesario que las humillaciones tuviesen término, y que á los padecimientos sucediesen los goces y las glorias debidas al vencedor de la culpa y del demonio. *Jesucristo ha resucitado en verdad*; es decir, se ha vuelto á unir al cuerpo su alma que se habia separado de él por la muerte, y ha salido glorioso é inmortal del sepulcro: no es dado á la humana naturaleza comprender esa vida gloriosa á que pasó en el instante de la resurreccion, en que el alma de Cristo se unió para no separarse jamas de su cuerpo. La Omnipotencia divina manifestó toda su magnificencia para enriquecer y adornar la santa humanidad de Jesus, á quien *fué dada toda la potestad en el cielo y en la tierra*; y no podemos dudar que los dones que Dios le comunicó, solo pueden calcularse formando una sola idea del afecto con que ama Dios á su Hijo, y de lo que éste habia merecido por las penas que sufrió unido aquel cuerpo entónces mortal. Así es que la potestad dada á Jesucristo en el cielo y en la tierra, debe entenderse que no fué aquella que tiene como propia en cuanto Dios, sino la que se dió á su humanidad santa como recompensa de su pasion y muerte. Mediante esta potestad, fué constituido Soberano de todas las criaturas para disponer de ellas; de suerte, que este es un nuevo

derecho, por el que pertenecemos á Jesucristo temporal y espiritualmente, sin que criatura alguna pueda substraerse de este especial dominio igualmente lo que constituyó Dios al principio de todas sus gracias y castigos; por lo que cuanto sucede en la vida de los hombres, es efecto de su misericordia ó su justicia. La misma resurreccion del Hombre Dios es un rasgo patente de esa infinita misericordia. Los hombres necesitaban que se les mostrase en la persona del Redentor, cuáles debian ser los efectos de la libertad que les habia adquirido con su muerte, y cuál el objeto adonde deberian dirigir sus esperanzas: necesitaban igualmente que se les enseñase con toda claridad el fin á que estaban destinados, y la abundancia de gloria que preparaba Dios á sus santos. Jesucristo nos habia redimido, no solo segun el alma sino tambien segun el cuerpo; convenia por tanto, que él mismo se presentara á nosotros como el modelo mas perfecto y acabado de nuestra redencion; á cuya vista se excitase nuestra esperanza, de que así como él habia resucitado lleno de gloria y magestad á aquel mismo cuerpo que habia sido clavado y muerto en una cruz por la salvacion de los hombres, así tambien resucitará los de cada uno de nosotros en el último de los dias, aunque ántes tengan que sujetarse por una vez al imperio de la muerte.

La resurreccion, pues, del Salvador debe ser el modelo de nuestra resurreccion espiritual; y la vida de Jesucristo resucitado en su carne, el original de la vida de un cristiano resucitado en el espíritu. Dos ejemplos debemos tomar de la resurreccion del Salvador. El primero es, que así como Cristo resucitó y no muere mas, un cristiano regenerado espiritualmente despues de muerto al pecado, debe resucitar á una nueva vida que se haga distinguir desde luego por la integridad de sus costumbres, en que brillen la inocencia, la santidad, la modestia, la justicia, la beneficencia y la humildad. El otro es que, establecido este nuevo régimen de vida, "perseveremos, como dice el catecismo del concilio de Trento, de manera que no nos separemos, con el auxilio de Dios, del camino de la justicia en que una vez entramos. Porque las palabras del Apóstol no solo demuestran que la resurreccion de Cristo se nos propone por ejemplo de la resurreccion, sino que tambien declaran que nos da la virtud de levantarnos, y nos proporciona fuerzas y vigor para permanecer en la santidad y en la justicia, y para guardar los preceptos de Dios. Porque á la manera que de su muerte no solo tomamos el ejemplo para morir al pecado, sino que tambien sacamos la

virtud para morir á él; así tambien su resurreccion nos da fuerzas para conseguir la justicia, y para andar despues venerando á Dios piadosa y santamente en la nueva vida, á la que hemos resucitado."

Al resucitar el Salvador del mundo segun el cuerpo, entré en una vida inmortal, del todo exenta de miserias, absolutamente separada del mundo, sin participar de su corrupcion, libre completamente de la servidumbre de las demas criaturas, exclusivamente dedicada á Dios, y que preservada por último de todos los esfuerzos de la malicia humana, lo hace bajo de cierto aspecto, insensible á sus ultrajes, poniéndole en quieta posesion de una dicha perpetua, de la mas inalterable felicidad; tal es el modelo que propone el Apóstol para la imitacion de los fieles que han resucitado del pecado á la gracia. Despues de haber renunciado á la malicia del pecado, quiere que jamas volvamos á él, que nuestra nueva vida sea tan inmortal como la de Jesucristo; que en ella no nos ocupe el amor de las criaturas, sino únicamente el de Dios; que séamos una masa nueva y nuevas criaturas segun la santidad de Dios; que vivamos y caminemos en espíritu, que renunciemos á la carne, y que de dia en dia se aumente nuestra renovacion. Esta es la idea de un verdadero cristiano resucitado á la gracia.

Mas para conocer si verdaderamente hemos resucitado con Cristo, segun el espíritu, tenemos algunas señales tan seguras é inequívocas, que quitan toda duda, como que son tomadas de la palabra divina. Dirigiéndose San Pablo á los colosenses, les dice: *Si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios: pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra; porque estáis ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida, entónces tambien vosotros apareceréis con él en gloria. Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: mortificad impureza, lascivia, deseos malos y avaricia, que es servicio de ídolos, por las cuales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad. En las cuales, vosotros tambien anduvisteis en otro tiempo cuando viviais en ellas. Mas ahora dejad tambien vosotros todas esas cosas: ira, envidia, malicia, blasfemia, palabras torpes de vuestra boca. No insistáis los unos á los otros; despojados del hombre viejo con sus hechos, revistiendóse de nuevo de aquel que se renueva por el conocimiento conforme á la imagen de aquel que lo crió. De aquí se infiere clar-*

ramente, que los que desprecian la vida, los honores, las comodidades, las riquezas por Cristo, y que solo buscan las cosas de arriba, verdaderamente han resucitado con él: los que solo encuentran gusto en las cosas celestiales y no en las terrenas, han resucitado con él mismo, y para resucitar á la gloria, ya nos indica finalmente el Apóstol que la única senda es la de la mortificacion de las pasiones.

La resurreccion del Salvador, por otra parte, á la vez que nos sirve de modelo para arreglar la conducta de nuestra vida, es igualmente el apoyo mas firme y el objeto mas interesante de nuestra esperanza, el móvil de nuestros deseos, y el consuelo único en medio de los males y de las aflicciones que por todas partes nos rodean en este valle de lágrimas. La razon es porque Jesucristo nuestro Redentor no resucitó solamente para sí, sino tambien para entrar, como cabeza de sus miembros y primogénito de sus hermanos, en aquella misma herencia que nos espera, y en la que se nos ha ofrecido tendrémós parte todos los cristianos que voluntariamente no la renunciemos por preferir á ella los deleites y bienes miserables de la tierra. Jesucristo con su resurreccion ha tomado posesion de las riquezas inexplicables que forman esta herencia, y es nuestro depositario de la parte que de ella deba tocarnos con proporcion á nuestros méritos. Aunque nuestro cuerpo se destruye por algun tiempo, hemos de poseer algun dia una inmortalidad gloriosa que nos librará de toda miseria. Tenemos la prenda de esta verdad en la resurreccion de Jesucristo, habiéndonos prometido que nos hará semejantes á sí mismo; por lo que debemos tener siempre muy presente á Jesus resucitado, con el objeto de alentar nuestra esperanza y de animarnos á despreciar todos los bienes y males de esta vida, que por grandes y molestos que sean, nunca pueden ser duraderos.

En efecto, ¿qué mayor motivo de esperanza que tener un Salvador que ha resucitado para librarnos del poder de las tinieblas? *El nos hizo dignos de participar la suerte, como dice el Apóstol San Pablo á los colosenses, de los santos en luz, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado. . . . El que es imagen de Dios invisible. . . . Y él mismo es la cabeza del cuerpo de la Iglesia que es principio, primogénito de los muertos. ¿Qué esperanza puede ser comparable con aquella vocacion con que nos convula el Resucitado que ha sido, segun el mismo Apóstol, manifestando á sus Santos, á los cuales ha querido Dios hacer conocer las riquezas de su gloria de este misterio entre los gentiles, que Cristo es en voso-*

tras la esperanza de la gloria? ¿Existe acaso algún género de confianza que sea preferible á la que debe inspirarnos nuestro Salvador, que dijo, segun el repetido Apóstol hablando á los hebreos: *No te dejaré ni desampararé jamás, de manera que digamos con confianza: El Señor es quien me ayuda, no temeré cosa que me pueda hacer hombre...* Jesucristo ayer y hoy; el mismo tambien en los siglos? Con esta firme confianza, é imitando el modelo de lo que nos presenta el Salvador en su gloriosa resurreccion, podremos resucitar con Cristo á la vida espiritual é inmortal de la gracia.

DIA VEINTE Y CUATRO.

San Matías, Apóstol, y San Modesto, obispo. (*)

SAN MATÍAS.

San Matías nació en Belen, y perteneció á la tribu de Judá. Era hijo de padres ilustres por su nobleza, y muy recomendables por su virtud y exacta observancia de la ley antigua. En ella educaron á nuestro Santo con aquel amor y ternura que inspira la virtud; y como Matías era naturalmente inclinado á todo lo bueno, con mucha facilidad recibió las santas lecciones de sus padres, que se grabaron en su alma para que sirviesen de fundamento á las heroicas acciones que despues ejerció en el apostolado. Conservó intacta la inocencia de su alma y pureza de sus costumbres, aun en la juventud y en medio del bullicio tumultuario del mundo, que por todas partes le presentaba obstáculos, y le ofrecia placeres que halagaban sus sentidos y su carne; pero que si los hubiera disfrutado, se habria puesto al grande peligro de su eterna condenacion.

Luego que Jesucristo recibió el bautismo por la mano de San Juan á las márgenes del rio Jordan, y que comenzó á predicar su nueva ley, se unió con el Matías, y se contó entre sus discípulos, aunque no perteneció al colegio apostólico sino hasta despues de la muerte del Salvador. Lo acompañaba Matías á todas partes, y fué testigo de los grandes prodigios que se obraron para fundar la religion que Jesucristo habia traído de los cielos; y lo mismo que los



S. Matías Apóstol.



S. Modesto Obispo.



El Beato Sebastian de Aparición.



S. Cesario Confesor.

(*) La vida de San Modesto irá por Suplemento.

otros discípulos del Salvador, estuvo presente en las diversas apariciones de Jesucristo despues de su resurreccion, siendo testigo de los milagros que obró para probar que habia muerto en la cruz para salvar al género humano. Recibió de su divino Maestro las instrucciones que comunicaba á sus discípulos para que predicaran su doctrina en el mundo, y oyó de su boca la órden de que se retiraran á Jerusalem despues de su gloriosa Ascension, para que allí recibieran al Espíritu Santo, segun lo habia prometido el Padre Eterno. Presenció tambien nuestro Santo la Ascension de Jesucristo á los cielos, sobre el monte Olivete, y despues, unido con los Apóstoles y demas discípulos, volvió á Jerusalem, y se juntaron todos con la Santísima Virgen María en la casa del cenáculo, donde oraban continuamente, quedando santificada esta habitacion, que se tuvo como el primer templo del culto católico.

En este lugar tenian sus juntas los Apóstoles con el objeto de arreglar la Iglesia naciente, y de dar un buen órden á su predicacion; y en estas reuniones quisieron llenar la falta de un Apóstol, que despues de haber vendido vilmente á su Maestro, habia muerto desesperado, para que se completara el número de doce que sustituyeran á los patriarcas de las doce tribus, segun la profecia del Santo rey David. Procedieron los Apóstoles á nombrar el sucesor de Judas; y la mitad de los votos recayó en favor de Matías, y la otra mitad en José llamado Barsabas, por sobrenombre el Justo. Los dos candidatos eran igualmente dignos de ser Apóstoles; pero como solo era un lugar el vacante, se resolvió decidiera la suerte, quién de los dos debia ocuparlo, y ésta señaló á Matías, que ya estaba destinado por Dios para predicar su doctrina, y enseñar su ley. De esta manera quedó ya nombrado Apóstol nuestro Santo, y en union de los demas recibió al Espíritu Santo el dia de Pentecostes. Desde entónces se dedicó con un zelo admirable á las tareas del apostolado, predicando por todas partes la religion y los preceptos que habia oido de la misma boca de su Maestro. Dice San Clemente Alexandrino, que nuestro Santo se habia esmerado particularmente en predicar la penitencia y la necesidad de las mortificaciones, como único medio de sujetar la carne, y de vencer las fuertes tentaciones del demonio. Acerca de los lugares donde predicó San Matías no están conformes los autores que hablan de su vida. Unos fundados en la antigua tradicion griega, dicen que llevó la luz evangélica por toda la Capadocia, y por las costas del mar Caspio, haciendo su principal re-

sidencia en el puerto Isso. Otros, que predicó en la Judea y padeció grandes persecuciones, sufriendo toda clase de trabajos y privaciones, y exponiéndose á mil peligros por aumentar la gloria de Dios y extender su doctrina, hasta que logró la corona del martirio.

Como su predicacion y sus frecuentes conversiones tenian irritados á los judíos, que creian en Matias un enemigo implacable de la ley de Moises, que publicando nuevas doctrinas destruía aquella; se propusieron quitarlo de en medio y el pontífice Ananias mandó que fuera muerto á pedradas. Se procedió á la ejecucion de esta cruel sentencia; y puesto de rodillas nuestro Santo en el lugar del suplicio, alzó los ojos al cielo y dió gracias á Dios porque le concedia el martirio que tanto habia deseado. Despues hizo oracion rogándole por la conversion de tantos infelices, que estaban expuestos á su eterna condenacion; y cayendo sobre él multitud de piedras, lo dejaron medio muerto, en cuyo estado uno de los del pueblo le cortó la cabeza por no verlo padecer. No se sabe el año cierto en que murió nuestro Santo; pero sí el día que fué el 24 de Febrero. Las reliquias de San Matias se veneran en Roma en la Iglesia de Santa Maria la mayor, y una parte de ellas en el arzobispado de Tréveris, en una Iglesia dedicada al Santo Apóstol.

La Epístola es del capítulo I de los Hechos de los Apóstoles.

En aquellos dias: Levantándose Pedro en medio de los hermanos (cuya junta era como de unas ciento veinte personas) les dijo: Hermanos, es preciso que se cumpla lo que tiene profetizado el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Júdas, que se hizo adalid de los que prendieron á Jesus, el cual fué de nuestro número, y habia sido llamado á las funciones de nuestro ministerio. Este adquirió un campo con el precio de su maldad; y habiéndose ahorcado, reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas: cosa que es notoria á todos los habitantes de Jerusalem; por manera que aquel campo ha sido llamado en su lengua Haceldama; esto es, campo de sangre. Así es que está escrito en el libro de los Salmos: Quede su morada desierta, ni haya quien habite en ella; y ocupe otro su lugar en el episcopado. Es necesario, pues, que de estos sujetos que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que Jesus Señor nuestro conversó entre nosotros, empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que apartándose de nosotros se subió al cielo, se elija uno que sea como nosotros, testigo de su re-

surreccion. Con eso propusieron á dós, á José, llamado Barsabas y por sobrenombre el Justo, y á Matias. Y haciendo oracion, dijeron: ¡Oh Señor, tú que ves los corazones de todos, muestranos cual de estos dos has destinado á ocupar el puesto de este ministerio y apostolado, del cual cayó Júdas por su prevaricacion, para irse á su lugar. Y echando suertes, cayó la suerte á Matias; con lo que fué agregado á los once apóstoles.

El Evangelio es del capítulo XI de San Mateo.

En aquel tiempo, respondió Jesus, y dijo: Yo te glorifico, ó Padre, Señor de cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los pequenuelos. Sí, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo. Venid á mí todos los que estais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y ligero el peso mio.

MEDITACIÓN.

Del fin del hombre.

Considera que toda nuestra gloria consiste en servir á Dios; y que nada hay mas glorioso que este servicio; porque servir á tal dueño es reinar. Dios es verdaderamente grande, y no hay otra cosa que lo sea sino lo que tiene relacion con Dios: lo que en la tierra nos parece grande, no lo es delante de Dios; pues todo lo criado es ante su Magestad como si no fuese. Respetto de nosotros hay muchas cosas grandes, porque comparándonlas con nuestra bajeza, las hallamos superiores á nosotros. Sin embargo, si atendemos á la dignidad del hombre, y á lo que ésta puede ennoblescense y sublimarse por la gracia y caridad que nos une con Dios mismo, nos hallaremos superiores á toda criatura que no tenga mas gracia ó caridad que nosotros. Mas esto no recomienda al hombre en sí mismo, porque él de suyo nada es: recomienda, sí, la bondad divina que tanto nos eleva, y recomienda la excelencia misma de la gracia, que es

cando al hombre de la limitada esfera del orden natural, le da ser y existencia en el sobrenatural, y colocado en él, lo engrandece y sublima. Hé aquí el motivo porque es de tanto aprecio y tanta dignidad el fin del hombre; pues se mide, no por la excelencia y grandeza del mismo hombre, sino por la de todo un Dios á quien sirve. Causa porque, aun en lo particular de los ministerios de este orden, nadie puede introducirse, ni tomar por sí el honor, sino el que es llamado por Dios, dice el Apóstol.

Considera que esta vocacion de que acabamos de hablar, es una prerogativa de la soberanía de Dios, tan únicamente suya, que criatura alguna la ha disfrutado ni puede disfrutarla jamas. Fúndase lo primero en esta misma soberanía de Dios, que no puede despojarse ni ceder lo que es tan propio suyo. Fúndase lo segundo en el supremo dominio del Señor sobre todas sus criaturas, para hacer de todas y de cada una de ellas lo que sea de su agrado. Fúndase lo tercero en su infinita sabiduría, por la cual conoce todo lo que conviene á su gloria y á nuestro bien, penetra y descubre hasta lo mas oculto é imperceptible del corazon del hombre; y para decirlo en una palabra, fúndase en la autoridad y potestad con que ordena todas las cosas, y rige y gobierna los destinos de los hombres. ¿Qué hay, pues, que admirar que forme al hombre en un estado de justicia original; y que caido por la culpa, lo restituya por una gracia de reparacion? ¿Que se escoja á un pueblo para hacerlo depositario de sus promesas, y despues lo repruebe por su mala correspondencia? ¿Que congregue á todas las naciones bajo de una fé y un bautismo, formando de todo el mundo su amada heredad; y que á pesar de este amor, ó mejor dirémos, por un efecto de este amor sabio é inteligente, la exponga por siglos enteros á los embates de cuantos enemigos pueden atacarle? ¿Que entre los mismos hijos de la Iglesia, llamados todos á la opcion de la herencia celestial, escoja el menor número que supo hallarse fiel, y repruebe y condene para siempre á una mayoría inmensa, que, ya del gentilismo, ya de las sectas, ya de los hijos impenitentes é ingratos de la misma Iglesia, malogran el beneficio de la vocacion con que los habia llamado á la suerte de los justos? ¿Que repruebe á un Jódas elevado ya al sacerdocio y al apostolado, y llame y elija á un Matías, humilde y escondido, y lo coloque en el lugar de aquel, para que lleve su nombre y la luz de su fé á los pueblos que no le conocian, y obtenga el premio eterno y la silla de gloria que perdió aquel traidor é in-

gratísimo discípulo? ¡Oh Dios de infinita Magestad, y quien no temblará ante tu soberanía! ¿Quién no se estremecerá de tus justos juicios y de lo investigable de tus caminos, ocultos y escondidos á toda inteligencia criada, y no sujetos á cálculo alguno del humano discurso!

PETICION Y PROPOSITOS.

En medio del asombro y del pavor á que nos inducen estas reflexiones, un rayo de divina luz nos consuela y calma la agitacion de nuestro espíritu. Este Dios soberano es nuestro Padre: sus miras son benéficas: á nadie niega la gracia suficiente para salvarse; á todos provee de los medios convenientes para labrarse su suerte eterna: con su providencia rige y gobierna al mundo segun su voluntad, que siempre es sabia, justa y conforme á la razon divina, su juicio es recto, y jamas reprobará al justo ni premiará al iníquo; nuestra correspondencia á la gracia de su vocacion es conforme á la voluntad sincerísima que tiene de salvarnos, y es el medio que espera de nosotros para hacernos lograr la bienaventuranza. Séamos, pues; fieles, y serémos salvos.

JACULATORIA.

Bienaventurado el que oye la voz de Dios y la obedece.

LECCION.

Jesucristo resucitó segun las Escrituras.

Para probar la resurreccion del Salvador con los testimonios mas irrecusables de la revelacion, es necesario manifestar que este dogma fundamental del cristianismo se halla en las Escrituras Santas del modo mas claro é indudable; y á pesar de que todos los contenidos en el Credo de los Apóstoles tienen esta circunstancia indispensable, sin embargo, los padres del primer concilio constantinopolitano, quisieron que en el Símbolo de la fé que profesaban, y que la Iglesia ha adoptado despues, dándole lugar en el santo sacrificio de la misa, se agregasen despues de las palabras que comprenden la resurreccion del Señor, estos preciosos términos, *segun las Escrituras*, tomados de la Epístola de San Pablo á los corintios, en la que dice: *Desde el principio yo os enseñé lo mismo que habia aprendido: que Cristo fué sepultado, y que resucitó al tercero dia*

según las Escrituras, para manifestar la importancia de este gran misterio, aun con respecto á todos los demas; pues según el mismo Apóstol en el propio capítulo, si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, y también es vana nuestra fe. . . . Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, porque aun estáis en vuestros pecados, y por consiguiente también los que durmieron en Cristo han perecido. Si en esta vida tan solamente esperamos en Cristo, como decimos en la lección de ayer, los mas desdichados somos de todos los hombres. Mas ahora, Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que duermen; porque como la muerte fué por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos; y así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo. Por esta razón San Agustín, admirándose de la fé de este artículo, dice: "No es gran cosa creer que Cristo ha muerto; esto lo creen los paganos, los judíos y los hombres perversos: todos creen que murió; pero la fé de los cristianos es la resurrección de Cristo, y tenemos por lo mas sublime el creer que ha resucitado."

Entre muchos anuncios que hizo Jesucristo, San Mateo nos refiere, que yendo Jesús á Jerusalem, llamó aparte á sus discípulos, y les dijo: *Ved que vamos á Jerusalem, y el Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para que le es carnezcan, y azoten y crucifiquen: mas al tercero dia resucitará.* En virtud de estos anuncios, los sacerdotes y los fariseos pidieron á Pilato, según refiere el mismo Evangelista, que guardara el sepulcro; no sea, dijeron, que vengan sus discípulos y lo hurten, y digan á la plebe: *Resucitó de entre los muertos, y sea el postrer error peor que el primero;* lo que demuestra palpablemente que Jesucristo habia anunciado de un modo nada equivoco, que resucitaria al tercero dia despues de muerto, y al mismo tiempo que los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, comprendian muy bien que si se verificaba la resurrección de Cristo, seria un milagro, despues del cual seria imposible negar que él era el Mesías; pues que tenían que la sola opinion de esta resurrección, si se esparcía, no lo hiciera mirar por todo el pueblo como el Salvador.

Pero véamos ya como se han verificado estas profecías, resucitando el Señor verdaderamente. El Evangelista San Lucas dice: *Que las mugeres que habian seguido á Jesús el primer dia de la semana, fueron muy de mañana al sepulcro llevando los aromas*

que habian preparado, y hallaron la losa del sepulcro volteada; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús: y aconteció, que estando consternadas por esto, hé aquí dos varones que se pararon junto á ellas con vestiduras resplandecientes; y como estuviesen medrosas y bajasen el rostro á tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive! No está aquí; mas ha resucitado: acordaos de lo que os habló estando aun en Galilea, diciendo: Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercero dia. Entónces se acordaron de las palabras de él, y salieron del sepulcro, y fueron á contar todo esto á los once Apóstoles y á todos los demas. En esta narración y las de los otros tres Evangelistas, reina una sencillez, una sinceridad y buena fé, que convence de la verdad de la historia y del historiador. Ninguna de ellas contradice á la otra, á la vez que ninguna se parece á las otras exactamente. Nada se divisa en estas relaciones que indique una intención de realzar la gloria de su Maestro en los discípulos que las han escrito: en ellas todo lo que se refiere es digno de Jesucristo, y un Hombre Dios que sufrió voluntariamente la muerte para rescatar al género humano, no debía resucitar ni manifestarse despues de su resurrección, sino del modo que se advierte en los Evangelios haberlo verificado.

Hagamos ligeras reflexiones sobre los principales hechos que se contienen en las mencionadas relaciones de la resurrección de Cristo que nos han dejado los Evangelistas, y nos convenceremos mas y mas de las verdades anteriores. Aunque la piedra que cerraba el sepulcro estaba sellada, ningún obstáculo podia impedir que resucitase este cuerpo glorioso y divino. Luego que salió de él, bajó un ángel, excitó un gran temblor de tierra, quitó la losa, y su resplandor, junto con estas maravillas, infundió tal espanto en los guardias, que cayeron en tierra como muertos. *Y habia habido, dice San Mateo, un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendió del cielo; y llegando, revolvió la piedra, y se sentó sobre ella, y su aspecto era como un relámpago; y su vestidura como la nieve, y de temor de él, se asombraron los guardias, y quedaron como muertos.* No sabemos la hora fija en que resucitó Jesucristo; solamente diremos que la Magdalena fué muy de mañana, como se infiere de la relación que copiamos de San Lucas, y San Juan dice: *Y el primer dia de la semana vino Maria Magdalena de mañana*

na al sepulcro cuando aun era oscuro, y vió quitada la losa del sepulcro. San Jerónimo, San Gregorio Niceno y Toeophilacto, opinan que fué poco despues de la media noche, entre el sábado y el domingo. En los oficios del Sábado santo canta tambien la Iglesia: Esta sacratísima noche, en la que resucitó el Señor; y parece que escogió esta hora nuestro Salvador para manifestar que por su resurreccion nos condujo de las tinieblas del pecado á la luz de la gloria, destruyendo con su muerte las tinieblas de la noche, y para declarar que anticipándose Cristo á la salida del sol, trajo con su resurreccion un dia mas importante y una luz mas excelente que la de aquel luminoso astro del dia.

Habiendo Cristo resucitado el domingo, estuvo sepultado por consiguiente parte del viérnes en que fué crucificado, todo el sábado y el principio del dia domingo; por lo que propiamente se dice que resucitó al tercero dia, para que se cumpliesen las profecias de Oseás y del mismo Salvador, y la figura de Jonás, como explica detenidamente entre otros padres, San Gregorio Niceno. Y así como para declarar su divinidad, segun el catecismo tridentino, no quiso diferir su resurreccion hasta el fin de los siglos, para que creyésemos que habia sido verdadero hombre y que habia muerto verdaderamente, quiso volver á la vida, no inmediatamente despues de su muerte, sino al tercero dia; el cual tiempo parece bastante para comprobar una muerte verdadera.

Cristo finalmente, resucitado segun las Escrituras, no ha resucitado como los hombres, sino por su propia virtud, de manera que la resurreccion del Salvador no se debe considerar bajo el concepto solo de haber vuelto á la vida, como ha sucedido á otros; sino que resucitó por su fuerza y por su sumo poder, segun dice San Pablo á los corintios en estas palabras: *Nuestro Señor Jesucristo. . . pues aunque fué crucificado por enfermedad; mas vive por el amor de Dios. Porque nosotros tambien enfermos en él; mas viviremos con él por la virtud de Dios en vosotros. Así lo habia predicho el mismo Salvador, segun refiere San Juan. Yo pongo mi alma para volverla á tomar. No me la quita ninguno; mas yo la pongo por mí mismo; poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla á tomar.* Y en otro lugar: *Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré. Los judíos le dijeron: En cuarenta y seis años fué hecho este templo; ¿y tú lo levantarás en tres dias? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los*

mueritos, se acordaron sus discípulos que por esto lo decia, y creyeron en su nombre viendo los milagros que hacia.

—————
DIA VEINTE Y CINCO.

**El Beato Sebastian de Aparicio, y San Cesario
confesor. (*)**

EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO.

NACIÓ el Beato Sebastian en España en la villa de Gudiña del reino de Galicia en 20 de Enero del año de 1502; sus padres Juan de Aparicio y Teresa del Prado, humildes labradores, pero temerosos de Dios, le dieron una educacion cristiana, la que unida á su bello indole, produjo los mejores frutos, siendo desde muy niño inclinado á los ejercicios de piedad, sumiso á sus padres y mayores, modesto, moderado y recomendable en todas sus obras. La Providencia manifestó desde esta corta edad lo que se complacia en él, pues teniendo solo doce años, hallándose gravemente enfermo de una fiebre contagiosa y de un tumor maligno, oculto en una mal resguardada choza, entró un lobo, y habiéndole reventado el tumor, le lamó, y lo dejó perfectamente sano.

Siendo ya jóven, y deseando socorrer á sus padres, pasó á Salamanca á servir á una señora viuda, lo que hizo con suma fidelidad; mas ofendido de una accion deshonesta que cometió ella en su presencia, le reconvinó con zelo, quien irritada de su cristiana libertad, lo despidió de su casa. De aquí se dirigió á San Lucar de Barrameda, y se acomodó en la casa de dos doncellas huérfanas; viendo la aficion que una de ellas le manifestaba, se retiró á Zafrá, y despues de diez meses volvió á San Lucar, donde sufrió otro ataque del demonio, valiéndose de la hija de su amo, que habia cometido la desenvoltura de huirse en otro tiempo con su amante, y trataba de seducir á nuestro jóven: esto lo determinó á trasladarse á la América, habiendo ántes persuadido á esta malvada muger á encerrarse en un monasterio á hacer penitencia, como lo verificó.

Treinta y un años de edad tenia Sebastian quando se embarcó, y despues de haber sufrido con admirable paciencia los ludibrios é in-

(*) La vida de San Cesario irá por Suplemento.